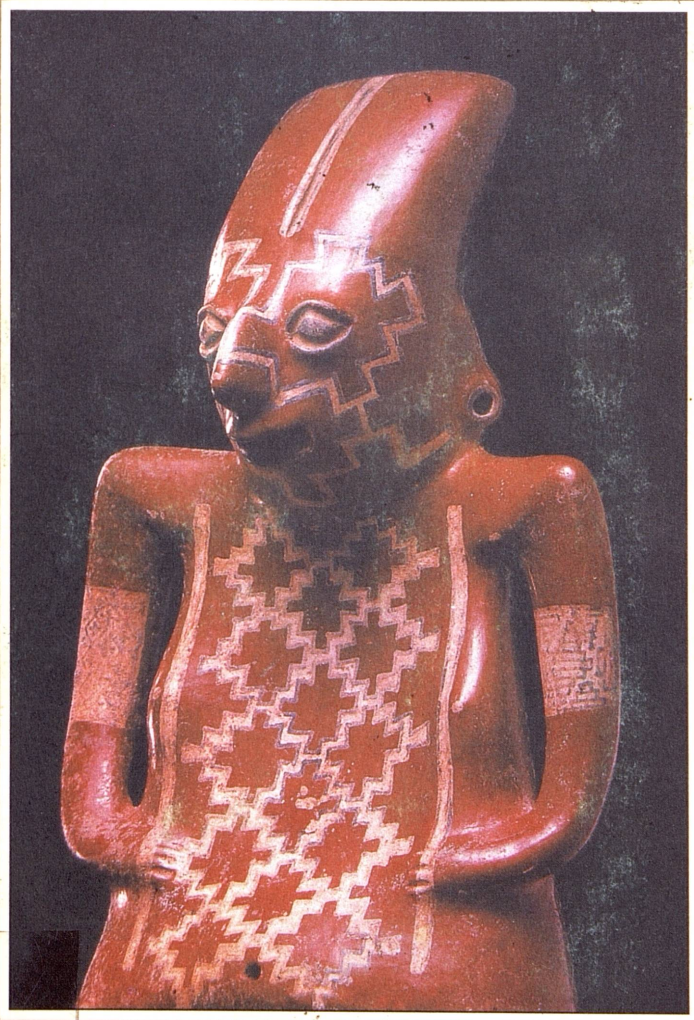


ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA

Eduardo Williams y Phil C. Weigand
Editores



EL COLEGIO DE MICHOACÁN
CENTRO DE INVESTIGACIÓN
EN MATEMÁTICAS

ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA
LA REGIÓN DEL LERMA

Eduardo Williams y Phil C. Weigand
Editores



El Colegio de Michoacán



Centro de Investigación en Matemáticas

930.102724 ARQ Arqueología y etnohistoria. La región del Lerma / Eduardo Williams y Phil C. Weigand, editores. – Zamora, Mich. : El Colegio de Michoacán ; Centro de Investigación en Matemáticas, 1999.
335 p. : il. ; 23 cm.
ISBN 970-679-011-X

1. Arqueología
2. Lerma (Región) - Antigüedades
3. Guanajuato - Antigüedades
4. Michoacán - Antigüedades

- I. Weigand, Phil C., ed.
- II. Williams, Eduardo, ed.
- III. t.

© D. R. El Colegio de Michoacán, A. C., 1999
Martínez de Navarrete 505
Fracc. Las Fuentes
59699 Zamora, Michoacán
publica@colmich.edu.mx

© D. R. Centro de Investigación en Matemáticas, 1999
Calle Jalisco s/n
Mineral de Valenciana
36240 Guanajuato, Guanajuato

Impreso y hecho en México
Printed and made in México

ISBN 970-679-011-X

ÍNDICE

Presentación <i>Eduardo Williams</i>	9
Introducción <i>Phil C. Weigand y Eduardo Williams</i>	17
Algunas consideraciones sobre la arqueología del Bajío <i>Beatriz Braniff C.</i>	33
La arquitectura de patio hundido y las estructuras circulares en el Bajío: desarrollo regional e intercambio cultural <i>Efraín Cárdenas García</i>	41
El Bajío oriental durante la época prehispánica <i>David Charles Wright Carr</i>	75
Elementos chichimecas en las sociedades agrícolas del centro-norte de México <i>Ana María Crespo y Carlos Viramontes</i>	109
Asentamiento prehispánico y cronología cerámica en el noreste de Michoacán <i>Dan M. Healan y Christine E. Hernández</i>	133
Producción de sal en el lago de Cuitzeo, Michoacán: contribución a la interpretación arqueológica <i>Eduardo Williams</i>	157
Santa María, Morelia: un desarrollo cultural local con notables influencias externas <i>Efraín Cárdenas García</i>	213

Materiales cerámicos en la región alteña de Jalisco <i>Jorge Ramos de la Vega y Lorenza López Mestas C.</i>	245
Arqueología en los Altos de Jalisco: el Peñol de Chiquihuitillo y su contexto regional <i>Phil C. Weigand y Acelia García de Weigand</i>	269
Los primeros poblamientos de chichimecas en tierras de Guanajuato: experiencia y pensamiento de los misioneros agustinos (1571-1580) <i>Alberto Carrillo Cázares</i>	287
La conquista y aculturación de los chichimecas del Bajío <i>Cayetano Reyes García</i>	309
Índice toponímico	325

INTRODUCCIÓN

Phil C. Weigand
Eduardo Williams*

En términos geográficos y culturales, el Bajío es difícil de definir. Casi todos los intentos de definirlo geográficamente enfatizan al río Lerma como su rasgo principal y dominante. Esto significa, desde luego, que deben de incluirse una gran parte de Michoacán y una porción de Jalisco, al igual que gran parte de Guanajuato y de Querétaro. De hecho, el río Lerma es la única forma de definir el núcleo del Bajío; éste es un sistema de ríos perennes tributarios, de grandes pantanos, de lagos y de tierras planas flanqueados por cerros intrusivos y bajas montañas en el área inmediata. En el sur, estas tierras planas y montañas dan lugar gradualmente a la alta y abrupta Meseta Tarasca, mientras que en el norte los cerros y tierras planas se transforman casi imperceptiblemente en la gran estepa norteamericana, volviéndose progresivamente más secos al avanzar hacia el interior.

Aunque estas zonas ciertamente son parte de la cuenca de captación del Bajío, son más problemáticas al considerar su área de influencia cultural. Aunque el Bajío no es una región grande en términos territoriales –comparada con las zonas altas de Mesoamérica al norte del Istmo de Tehuantepec– realmente fue única; a través de ella fluye sin interrupciones uno de los principales ríos de Mesoamérica, sobre valles amplios y planos, bordeando grandes pantanos y numerosos lagos, y contando con tierras agrícolas insuperables. Aparte del extremadamente rico perfil de agua y de suelos, la riqueza natural incluía abundantes especies acuáticas, yacimientos de obsidiana cercanos y bosques de roble y pino en los cerros y en las tierras altas adyacentes. Realmente es difícil imaginar un paisaje natural más fértil y abundante.

* Profesores investigadores de El Colegio de Michoacán.

La cuenca del río Lerma además sirvió como una importante ruta de comunicación este-oeste, de relativamente fácil tránsito y sin obstáculos (Boehm de Lameiras, 1988; Williams, 1996), de esa manera uniendo al centro de México en el extremo oriente con el corazón del Occidente, en un sistema que puede verse como completamente favorecido por la naturaleza. De hecho, desde el punto de vista ambiental los valles lacustres del centro de Jalisco fueron un área más parecida al Bajío que a cualquier otro de sus vecinos.

Durante la pasada generación de estudios arqueológicos, y especialmente durante la década pasada, se empezó a generar una extraordinaria transformación sobre la imagen que se tenía del carácter y la complejidad de las culturas prehispánicas del Bajío. En muchos sentidos, estos cambios de percepción reflejan la misma serie de procesos que encontramos en zonas vecinas, especialmente en el Occidente. El Bajío ya no puede verse como una región marginal, caracterizable en términos sociales simples como “región de frontera”, influenciada principalmente desde el centro de México.

Durante los primeros periodos de investigación arqueológica en esta región clave resultó natural dar la más alta prioridad a la información más accesible, que frecuentemente se trataba de cerámica. Por eso el área se definió en gran medida a partir de estilos de cerámica y de figurillas, dedicándose muy poca atención a la arquitectura o a patrones de asentamiento. Evidentemente este enfoque nos dio importantes perspectivas sobre varios aspectos de las tradiciones culturales del área, pero a la misma vez ofrecía la inevitable tentación de construir “culturas” a partir del limitado acervo de información basado en “provincias cerámicas”. Una situación paralela existió en otras subáreas de Mesoamérica, particularmente en el Occidente (Weigand, 1993).

Dentro de la cuenca media del río Lerma la más temprana y más impresionante de estas “provincias cerámicas” fue la así llamada “cultura Chupícuaro” (Porter Weaver, 1956, 1969; *cfr.*, Florance, 1985, 1989). Los impresionantes objetos pertenecientes a este estilo han sido encontrados principalmente en contextos funerarios. Sin duda, los aspectos funerarios de los sistemas sociales del pasado, incluyendo las ofrendas de vasijas y figurillas de barro que los acompañan, son importantes para

definir los complejos arqueológicos, pero no deberían de ser el único, o necesariamente el más importante, foco de atención.

Los primeros trabajos arqueológicos en el sitio de Chupícuaro, Guanajuato, se efectuaron en 1926 (Williams, 1993: 203-204). La dirección de Arqueología había enviado al profesor Juan Palacios a inspeccionar esta zona arqueológica, donde “los vecinos del citado lugar [...] excavaban pequeñas colinas de los alrededores, y recogían objetos de arcilla cocida, brillante, mismos que exhibían a domicilio” (Mena y Aguirre, 1927: 55). Pudo advertir el inspector que los montículos eran artificiales, y calculó la extensión aproximada del sitio en diez hectáreas. Finalmente, recogió algunos artefactos de la zona y juzgó que pertenecían a la “cultura tarasca”. Los citados autores hacen la siguiente descripción del sitio:

[...] una serie de lomas alargadas y de poca altura, parecen haber sido hechas a mano, por su aspecto y colocación. Tanto por informaciones de los vecinos, como por la exploración hecha, llegamos a creer que se trata de una necrópolis; en efecto, en las lomas que han sido abiertas, han aparecido siempre huesos humanos y esqueletos rodeados de vasijas y de penates, todo de arcilla cocida y no pocas veces pintada (Mena y Aguirre, 1927: 56).

Por otra parte, también en Chupícuaro, las interpretaciones de Estrada Balmori y Piña Chan (1948) son una buena muestra de las ideas que se usaban para explicar los restos arqueológicos, que podían carecer de contexto (o bien muchas veces no se le daba la debida importancia a este último): “es indudable que en las figurillas de barro tenemos la representación de los tipos físicos de Chupícuaro. Estos tratan de representar al personaje muerto. Cada grupo tiene rasgos personales que señalan la diferenciación” (Estrada Balmori y Piña Chan, 1948: 40). Según los mismos autores, “las figuras a veces representan escenas de la vida: así vemos un personaje acompañado de cuatro figuras femeninas [...] sugiere la idea de que en esta cultura existía la poligamia” (Estrada Balmori y Piña Chan, 1948: 40). En otro lugar (Estrada Balmori, 1949), se habla de la excavación de un total de 240 entierros, encontrados en una loma denominada El Rayo, donde se practicaron “80 grandes pozos”. Según esta autora, “el interés primordial era tanto por el entierro

individual, así como para precisar diferentes posiciones de esqueletos, cerámica y en fin, obtener la mayor cantidad de datos y de esta manera determinar todos los rasgos de sus costumbres funerarias” (Estrada Balmori, 1949: 79-80).

La muerte ha dejado su huella en todos los sistemas culturales conocidos en el mundo, mostrando un rango bastante amplio de reacciones. Desde los rituales de los indios navajos que evitan el contacto casi por completo con el difunto hasta el manejo afectuoso y consumo canibalístico de parte del cadaver en las tierras altas de Nueva Guinea, las expresiones culturales del ritual funerario son increíblemente variadas. De tal suerte, el definir “culturas” a partir de esta base de datos tan limitada, con el potencial de un rango de interpretación tan amplio, no cabe dentro de la ciencia antropológica más sólida. Usar este material cerámico como punto de partida es una cosa; basarse exclusivamente en él para caracterizar los sistemas socioculturales antiguos es algo diferente por completo. Se ha sugerido que el amplio territorio que presumiblemente estuvo bajo la influencia de la “cultura” o “tradición” Chupícuaro se extendió desde la zona de Chalchihuites (Zacatecas) en el norte hasta Tlaxcala en el sudeste, atravesando partes del Occidente, incluyendo al Bajío (que fue su zona nuclear o foco de desarrollo) (*cfr.*, McBride, 1969). A falta de una mayor contextualización cultural, lo más que podemos decir en este momento es que este fenómeno arqueológico representa una amplia distribución de rasgos estilísticos compartidos, pero no una “cultura” en el sentido estricto de la palabra.

Con el inicio de los estudios sobre patrón de asentamiento en la arqueología mesoamericana, la conceptualización del *oikoumene* antiguo empezó a sufrir una transformación radical. La contribución intelectual de Pedro Armillas al definir a Teotihuacán puede considerarse como la más importante aportación del siglo para entender los sistemas sociales antiguos de Mesoamérica (Armillas, 1944, 1950; *cfr.*, Rojas Rabiela, 1991). Este estudio se vio seguido por los trabajos meticulosos de René Millon (1964, 1973, 1981) y su grupo de investigadores, que definieron los detalles de Teotihuacán, y a su vez el contexto de este centro urbano dentro del valle de México, por William Sanders y su grupo (Sanders *et al.*, 1979; Wolf, 1976; Blanton *et al.*, 1981). La introducción de los

estudios del paisaje fue uno de los principales indicadores del revolucionario enfoque sobre la antigua Mesoamérica.

Es interesante señalar, como lo hizo Armillas en varias ocasiones, que el estudio realizado en La Quemada y en el valle de Malpaso, Zacatecas, por el investigador Carl de Berges a mediados del siglo pasado (Berges, 1855), constituye un antecedente hoy olvidado de la perspectiva del paisaje en los estudios arqueológicos de Mesoamérica. Simplemente a nadie le interesaba este tipo de investigación, hasta que llegó de nuevo a nosotros a través de Armillas y de Ángel Palerm. También debe señalarse que Armillas “reinventó” este enfoque sin tomar muy en cuenta la literatura antropológica o histórica de los trabajos realizados en el Viejo Mundo. Cuando se percató de los excelentes procedimientos metodológicos aplicados a los estudios del paisaje, especialmente los del inglés O.G.S. Crawford y su libro *Archaeology in the field* (1953), inmediatamente reconoció su importancia para Mesoamérica.

Sin embargo, dado el énfasis que tenían las instituciones centralizadas que controlaban el financiamiento y planeación de las investigaciones arqueológicas, la “revolución” no tuvo mucha difusión fuera del centro de México y poco después en Oaxaca. Incluso sitios arqueológicos tan importantes como El Tajín, Veracruz y Tzintzuntzan, Michoacán, existían como si fueran entes aislados en sus respectivos paisajes.

Algunas de las primeras contribuciones arqueológicas en el Bajío, que contaron con información más contextualizada, sentaron las bases para las subsecuentes interpretaciones sociales de la arqueología regional. Como un ejemplo de esta situación se pueden citar las cuidadosas excavaciones de Beatriz Braniff (1965, 1966, 1967, 1992), que formularon las bases para una serie de secuencias y consideraciones cronológicas (Braniff, 1998). Sin esas consideraciones básicas, todo lo demás literalmente se encontraría flotando en el aire. Sus estudios en el Bajío que en parte se integraron a un programa iniciado por J. Charles Kelley y Pedro Armillas, se orientaron hacia la definición de una zona de frontera para la antigua Mesoamérica (Braniff, 1974, 1989, 1993). Al tener cuando menos los inicios de una secuencia cronológica, se podrían emprender otros tipos de estudios.

En el periodo temprano de las investigaciones arqueológicas, el Bajío se había conceptualizado en términos que estaban francamente influenciados por la frontera que había existido en las vísperas de la llegada de los europeos al Nuevo Mundo. En el Bajío esa frontera se trazó coincidiendo casi exactamente con el margen norte del río Lerma. Los españoles pronto descubrieron que hacia el norte de esta zona existía un sinfín de grupos humanos pequeños y bastante móviles, que rápidamente se volvieron imposibles de controlar sin recurrir a la guerra abierta. Algunos de estos grupos, como los guachichiles, guamares y zacatecos, tenían economías basadas en la agricultura y algunos elementos de la vida aldeana mesoamericana. Sin embargo, aunque la zona ya no era civilizada en el sentido de presencia de altas culturas y sistemas sociales jerarquizados, tampoco fue por completo una región de cazadores recolectores. Los inicios de la guerra librada entre los europeos y los chichimecas, acompañada por la acelerada pandemia, fueron responsables del rápido retroceso sociocultural en esta región. El conflicto con los chichimecas se convirtió en una de las más largas, sangrientas y duramente peleadas series de hostilidades libradas dentro del orden colonial del Nuevo Mundo, que ha sido descrita por Lloyd Mecham (1927) y por Philip Powell (1977) en términos dignos de una tragedia de Eurípides.

Conforme estas hostilidades se fueron adentrando en lo que parecía ser un reservorio inagotable de “bárbaros”, ahora provistos de caballos y ocasionalmente de armas de fuego, al sistema colonial finalmente se le agotó la determinación. La Guerra Chichimeca concluyó 75 años después que el sistema colonial había terminado ante el surgimiento de las nuevas repúblicas nacidas de dicho orden, tanto la española como la inglesa. El Bajío, sin embargo, se había transformado desde mucho antes y había sido absorbido dentro del sistema colonial. Por una parte las enfermedades y por otra las demandas de mano de obra forzada impuestas por las colonias mineras eventualmente hicieron tanto por eliminar a los chichimecas de esta área como las políticas conscientes de conquista y de evangelización. El Bajío asumió un nuevo papel dentro de la frontera norte; se convirtió en uno de los “trampolines” más importantes, juntamente con el Occidente, para la recolonización por pueblos

civilizados de las tierras más allá, justo como lo había hecho hacía más de mil años antes, en un contexto cultural enteramente distinto. Nuestra área, entonces, se manifestó como una región clave para el control y colonización del extremo norte. Al no contar con esta zona, ya fuera controlada por grupos civilizados o estando civilizada por derecho propio, tal colonización del norte hubiera sido imposible. Es en ese sentido que el Bajío debe entenderse como una de las dos puertas de entrada perdurables hacia el extremo norte.

Como señalaron varios investigadores pioneros, entre ellos Manuel Gamio (1910); Eduardo Noguera (1930); J. Alden Mason (1937); J. Charles Kelley (1971) y Pedro Armillas (1969), la imagen arqueológica temprana que se tenía del Bajío y del norte no concordaba completamente con la caracterización histórica. Sitios como La Quemada no pudieron haber sido construidos por el tipo de “chichimecas” que tanto perturbaron al orden colonial. Obviamente, en algún momento (se pensaba al principio que durante el periodo Postclásico) las fronteras de la civilización se habían extendido bastante hacia el norte, incluyendo a la mayor parte del Bajío dentro de su dominio temporal. Este primer experimento con la civilización falló, sin embargo, y la frontera se retrajo hasta el río Lerma donde, como ya se mencionó, se encontraba al momento del contacto con los europeos. El mapa clásico de Paul Kirchhoff (1943) con los límites norteños de Mesoamérica muestra esta fluctuación, pero sin ningún intento de explicarla. Los primeros intentos de encontrar una explicación echaron la culpa a los chichimecas, viendo en el colapso de la vida sedentaria temprana en el Bajío los orígenes de los toltecas y de los aztecas. Armillas, sin cuestionar el hecho indisputable de la llegada de los chichimecas al centro de México, ofreció una explicación que todavía tiene eco en la arqueología mesoamericana por dos razones: 1) introdujo una perspectiva ecológica en los estudios sobre fronteras, inspirándose en los trabajos de historiadores como Owen Lattimore (1940) y sus estudios clásicos de las fronteras chinas del Asia interior; y 2) relacionó las dinámicas de frontera en secuencia arqueológica (que requirieron de importantes revisiones) con las fluctuaciones del poder político en el centro de México, de esa manera participando en una escuela de investigación etnohistórica a la Jiménez Moreno, que todavía tiene influencia a lo largo de nuestra área de estudio.

Los estudios del paisaje llegaron lentamente al Bajío. Podemos mencionar tres proyectos como los responsables de introducir la perspectiva de investigaciones de área que hicieron posible el enfoque de estudio del paisaje: los reconocimientos de CETENAL, el Atlas Arqueológico del Estado de Guanajuato y el proyecto del Gasoducto que atravesó todo el Bajío. Estos reconocimientos, junto con varios proyectos originales y de calidad enfocados sobre sitios arqueológicos, han sido conjuntados por Efraín Cárdenas, cuyo estudio representa un gran avance en los conocimientos arqueológicos sobre el Bajío (Cárdenas, 1996, 1997). Aunque todavía falta mucho por hacer, el Bajío ahora puede describirse usando una terminología que tiene contenido social, más que sólo con la jergonza especializada referente a rasgos culturales. Sistemas complejos de asentamiento han sido definidos de manera preliminar, con jerarquías de sitios dominadas por conjuntos de arquitectura monumental, sofisticada y formal. Enormes plataformas, como las de Peralta, Guanajuato, son impresionantes incluso para los estándares del centro de México.

Tomando en cuenta las nuevas consideraciones cronológicas para las culturas a lo largo de la frontera norte, el abandono por los grupos civilizados de gran parte de la región del Bajío ahora se relaciona con el fin del mundo Clásico en general (*ca.* 700-900 d.C.). En el contexto de lo que obviamente fue un colapso sistémico en toda Mesoamérica (*cf.*, Diehl y Berlo, 1989), las intrusiones de los chichimecas o el creciente deterioro ecológico pudieron no haber jugado un papel tan importante como antes se pensaba. De hecho, en vista del medio ambiente tan húmedo y exuberante existente en el sector del Bajío bañado por el río Lerma, el supuesto deterioro ecológico parece más bien poco probable como explicación.

Sin embargo, si se piensa en un colapso sistémico generalizado, sigue sin explicarse exactamente qué fue lo que sucedió en el Bajío, o de hecho en cualquier otra zona de civilización. La llegada de nuevas tecnologías, por ejemplo el arco y la flecha, que dieron pie a un nuevo tipo de chichimeca, así como la difusión de la metalurgia desde el Occidente (Hosler, 1994; Weigand, 1998), pudieron haber jugado un papel. Las lecciones sobre lo sucedido en otras áreas del mundo nos

dejan una cosa en claro; en los sistemas altamente integrados, cuando un componente se colapsa, sin importar las causas iniciales, el resto del sistema prontamente corre la misma suerte o bien se ve dramáticamente modificado en términos sociales y culturales. Alrededor de 500 d.C., el *oikoumene* mesoamericano, compuesto de varias civilizaciones distintas pero relacionadas entre sí, tenía una integración básica en conceptos culturales fundamentales, hasta las instituciones y los dioses, que se veían reforzados por sistemas de intercambio de alto estatus. Este sistema es reminiscente del descrito para el antiguo Oriente Cercano por Henri Frankfort en su estudio clásico *Kingship and the gods* (1948). En Mesoamérica, para 700 d.C., este sistema se estaba desintegrando rápidamente, y cien años más tarde había dejado de existir. Aunque muchas otras subáreas mesoamericanas se recuperaron en el periodo prehispánico, el Bajío nunca lo logró, si bien parece posible que hubo regiones que sobrevivieron el colapso generalizado, como el sitio de Cañada de la Virgen (Nieto, 1997). Desde gran parte del Bajío se inició una diáspora de gente portadora de una alta tradición cultural que eventualmente impactó fuertemente al Occidente. Durante el periodo Clásico, esta área había establecido una importante presencia en el Bajío, evidente por los muchos sitios en toda la zona que tienen edificios circulares típicos de la tradición Teuchitlán (Weigand, 1993). Durante el Epiclásico el proceso parece haberse revertido, al aparecer en abundancia en Occidente los estilos de “patio hundido” y de masivas plataformas propios del Bajío y del Lerma (Beekman, 1996; Weigand y Weigand, 1996).

Como ya se mencionó, siempre se había pensado que el Bajío había adoptado sus patrones e inspiración culturales del centro de México. Las recientes investigaciones han cuestionado seriamente esta suposición, al indicar que hay tantas similitudes, si no es que más, con el Occidente como con el centro de México. La ya mencionada presencia de arquitectura circular concéntrica originaria del centro-oeste de Jalisco es bastante evidente, y varios investigadores la han documentado (Sánchez Correa, 1995; Sánchez Correa y Marmolejo, 1990; Cárdenas, 1997; Crespo, 1993; Zepeda, 1986). Sin embargo, ahora podemos ver que el Bajío tuvo bastante autonomía cultural y un espíritu innovador. La “tradición del Bajío” recientemente definida por Cárdenas (1997)

constituye otro núcleo de civilización mesoamericana tan innovador, creativo y expansivo como cualquiera de sus vecinos. Su localización regional clave, en un entorno circunscrito por núcleos de sistemas sociales complejos igual de dinámicos, pero también abiertos a los chichimecas y a las estepas nortteñas, le permitió la opción de escoger y adoptar elementos de una red intrincada de influencias e inspiraciones para construir algo verdaderamente único y dinámico.

Cada una a su manera, las contribuciones que forman el presente volumen nos permiten aumentar nuestro conocimiento sobre este recién definido núcleo de civilización temprana.

REFERENCIAS CITADAS

ARMILLAS, Pedro

1944 "Exploraciones recientes en Teotihuacán, México", *Cuadernos Americanos* 4, pp. 121-136.

1950 "Teotihuacán, Tula y los toltecas: las culturas post-arcaicas y pre-aztecas del centro de México. Excavaciones y estudios, 1922-1950", *Runa* III, pp. 37-70.

1969 "The arid frontier of Mexican civilization", *Transactions of the New York Academy of Sciences* serie II, vol. 31, núm. 6, pp. 697-704.

BEEKMAN, Christopher

1996 "El complejo El Grillo del centro de Jalisco: una revisión de su cronología y significado", en *Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica*, editado por E. Williams y P.C. Weigand, Zamora, El Colegio de Michoacán/ORSTOM/CEMCA, pp. 247-292.

BERGES, Carl de

1855 *Beschreibung der Ueberreste Aztekischer niederlassungen auf ihrer wanderung nach dem thale von Mexico durch den gegenwartigen Freistaat von Zacatecas*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag.

- BLANTON, Richard E., S.A. KOWALEWSKI, G. FEINMAN y J. APPEL
1981 *Ancient Mesoamerica: a comparison of change in three regions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BOEHM DE LAMEIRAS, Brigitte
1988 “Evolución cultural de las cuencas del centro-occidente de México”, *Relaciones: Estudios de Historia y Sociedad* IX (35), pp. 5-30.
- BRANIFF, Beatriz
1965 *Investigaciones arqueológicas en Guanajuato, México: consideraciones preliminares*, manuscrito inédito, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
1966 “Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la cuenca de México: correlaciones” Trabajo presentado en la XI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México.
1967 *Informe sobre los sitios arqueológicos en la presa Begonia, Guanajuato*, inédito, Monumentos Prehispánicos, INAH.
1974 “Oscilación de la frontera septentrional mesoamericana”, en *The archaeology of west Mexico*, editado por B. Bell, Ajijic, México, pp. 40-50.
1989 “Oscilación de la frontera norte mesoamericana: un nuevo ensayo”, *Arqueología: Revista de la Dirección de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, segunda época, núm. 1, pp. 99-114.
1992 *La estratigrafía cerámica de Morales, Guanajuato*, inédito, México, Sub-dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.
1993 “The Mesoamerican northern frontier and the Gran Chichimeca”, en *Culture and contact: Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca*, editado por A. I. Wosley y J. C. Ravesloot, Amerind Foundation, Albuquerque, University of New Mexico Press, pp. 65-82.
1998 *Morales, Guanajuato y la tradición Chupícuaro*, Colección Científica, México, INAH.

CÁRDENAS, Efraín

- 1996 “La tradición arquitectónica de patios hundidos en la vertiente del Lerma medio”, en *Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica*, editado por E. Williams y P.C. Weigand, Zamora, El Colegio de Michoacán/ORSTOM/CEMCA, pp. 157-184.
- 1997 *El Bajío en el Protoclásico (300-600 d.C.): análisis regional y organización política*, tesis de maestría, El Colegio de Michoacán.

CRAWFORD, O. G. S.

- 1953 *Archaeology in the field*, Nueva York, Praeger.

CRESPO, Ana María

- 1993 “Estructuras de planta circular en El Bajío”, *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, núm. 25, pp. 79-88.

DIEHL, Richard y J. C. BERLO

- 1989 “Introduction”, en *Mesoamerica after the decline of Teotihuacan: A.D. 700-900*, editado por R.A. Diehl y J.C. Berlo, Washington, Dumbarton Oaks, pp. 1-7.

ESTRADA BALMORI, Elma

- 1949 “Funeraria en Chupícuaro”, *Anales del INAH* III, pp. 79-84.

ESTRADA BALMORI, Elma y R. PIÑA CHAN

- 1948 “Complejo funerario en Chupícuaro”, en *El Occidente de México: cuarta reunión de mesa redonda*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 40-41.

FLORANCE, Charles

- 1985 “Recent work in the Chupícuaro region”, en *The archaeology of west and northwest Mesoamerica*, editado por M. S. Foster y P. C. Weigand, Colorado, Westview Press, pp. 9-46.
- 1989 *A survey and analysis of late and terminal Preclassic settlement along the Lerma river in southeastern Guanajuato, Mexico* (2 vols.), tesis doctoral, Nueva York, Columbia University.

FRANKFORT, Henri

- 1948 *Kingship and the gods*, Chicago, University of Chicago Press,

GAMIO, Manuel

- 1910 “Los monumentos arqueológicos de las inmediaciones de Chalchihuites, Zacatecas”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, época 3 (2), pp. 469-492.

HOSLER, Dorothy

1994 *The sounds and colors of power: the sacred metallurgical technology of ancient West Mexico*, Cambridge, MIT Press.

KELLEY, J. Charles

1971 "Archaeology of the northern frontier: Zacatecas and Durango", en *Handbook of Middle-American Indians*, editado por R. Wauchope, vol. 11, Austin, University of Texas Press, pp. 768-804.

KIRCHHOFF, Paul

1943 "Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", *Acta Americana* 1, pp. 92-107.

LATTIMORE, Owen

1940 *Inner Asian frontiers of China*, Colonial Press, Clinton.

MASON, J. Alden

1937 "Late archaeological sites in Durango, Mexico, from Chalchihuites to Zape", *Philadelphia Anthropological Society, 25th Anniversary Studies* 1, pp. 117-126.

MCBRIDE, Harold

1969 "The extent of the Chupícuaro tradition", en *The Natalie Wood Collection of Pre-Columbian ceramics from Chupícuaro, Guanajuato, Mexico, at UCLA*, editado por J. Frierman, Los Ángeles, University of California Press, pp. 5-15.

MECHAM, Lloyd

1927 *Francisco de Ibarra and Nueva Vizcaya*, Durham, Duke University Press.

MENA, Ramón y P. AGUIRRE

1927 "La nueva zona arqueológica: exploraciones del Museo Nacional", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* 1(2), pp. 55-64.

MILLON, René

1964 "The Teotihuacan mapping project", *American Antiquity* 29, pp. 345-352.

1973 *Urbanization at Teotihuacan, Mexico: the Teotihuacan map*, vol. 1, parte 1, Austin, University of Texas Press.

- 1981 "Teotihuacan: city, state and civilization", en *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, vol. 1, Archaeology, editado por J. A. Sabloff, Austin, University of Texas Press, pp. 198-243.
- NIETO, Luis Felipe
1997 "Cañada de la Virgen, Guanajuato: centro ceremonial heredero de técnicas constructivas mesoamericanas", Ponencia presentada en el Simposio sobre Arqueología e Historia del Bajío, Zamora, El Colegio de Michoacán, septiembre 10 de 1997.
- NOGUERA, Eduardo
1930 *Ruinas arqueológicas del norte de México: Casas Grandes (Chi-huahua); La Quemada, Chalchihuites (Zacatecas)*, México, Secretaría de Educación Pública.
- PORTER WEAVER, Muriel
1956 Excavations at Chupícuaro, Guanajuato, Mexico, *Transactions of the American Philosophical Society*, vol. 46, part. 5.
1969 "A reappraisal of Chupícuaro", en *The Natalie Wood Collection of Pre-Columbian ceramics from Chupícuaro, Guanajuato, Mexico, at UCLA*, editado por J. Frierman, Los Ángeles, University of California Press, pp. 5-18.
- POWELL, John
1977 *La guerra chichimeca (1550-1600)*, México, Secretaría de Educación Pública.
- ROJAS RABIELA, Beatriz (editora)
1991 *Pedro Armillas: vida y obra* (2 vols.) México, INAH.
- SÁNCHEZ CORREA, Sergio Arturo
1995 *La Gavia, Guanajuato: aproximación al desarrollo cultural de una porción del Bajío noroccidental*, tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- SÁNCHEZ CORREA, Sergio y E. G. MARMOLEJO
1990 "Algunas apreciaciones sobre el Clásico en el Bajío central, Guanajuato", en *La época Clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, coordinado por Amalia Cardós de Méndez, México, INAH, pp. 267-278.

SANDERS, William, J. PARSONS y R. SANTLEY

1979 *The basin of Mexico: ecological processes in the evolution of civilization*, Nueva York, Academic Press.

WEIGAND, Phil C.

1993 *Evolución de una civilización prehispánica: arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

1998 “El Epiclásico en Jalisco”, ponencia presentada en el simposio *El Epiclásico en el Occidente de México*, San Luis Potosí, Sociedad Mexicana de Antropología.

WEIGAND, P.C. y Acelia GARCÍA DE WEIGAND

1996 “La arquitectura prehispánica y la secuencia cultural en la cuenca de Chapala, Jalisco: observaciones preliminares”, en *Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica*, editado por E. Williams y P. C. Weigand, Zamora, El Colegio de Michoacán/ORSTOM/CEMCA, pp. 293-324.

WILLIAMS, Eduardo

1993 “Historia de la arqueología en Michoacán”, en *II Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, coordinado por M. T. Cabrero, México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, pp. 195-238.

1996 “Desarrollo cultural en las cuencas del Occidente de México: 1500 a.C.- 1521 d.C.”, en *Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica*, editado por E. Williams y P. C. Weigand, Zamora, El Colegio de Michoacán/ORSTOM/CEMCA, pp. 15-60.

WOLF, Eric (editor)

1976 *The valley of Mexico: studies in ecology and society*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

ZEPEDA, Gabriela

1986 *El desarrollo de un núcleo poblacional asentado en la confluencia de los ríos Lerma y Guanajuato: una apreciación*, tesis de licenciatura, México, ENAH.